
EL NOMBRE.

Los nombres sirven con harta frecuencia para significar, no lo que son las cosas, sino lo que debieran ser.

La política es una ciencia que nos suministraría abundantes ejemplos en comprobación de esta verdad.

Sin penetrar en los abismos de esa ciencia del bien particular y del mal público, podemos distinguir perfectamente que se llama política el derecho que han adquirido los hombres de tratarse de la peor manera posible.

Un nombre es indispensable: sin él no se puede existir.

La necesidad de esta parte precisa de todas las cosas, nos hace incurrir con frecuencia en graciosos contrasentidos y en terribles sarcasmos.

Observad que se llama *calle* el sitio donde es absolutamente imposible imponer silencio.

Observad que se llama *cara* una cosa que todo el mundo posee de balde y que no se puede adquirir por el dinero.

Fijaos bien en que la gramática declara nombres propios á Juan, á Pedro, á Miguel, á Estéban, cuando no hay un hombre que no pueda disponer libremente del nombre de Estéban, de Miguel, de Juan y de Pedro.

Las esquinas de Madrid se han estado riendo de la humanidad durante algun tiempo con la seriedad admirable de este singular anuncio:

DELEITO, SACAMUELAS.

Lo primero que un hombre necesita al venir al mundo es un nombre.

Parece que un niño recién nacido no es nada, hasta que se le eleva á la categoría de Francisco, de Emilio, de Nicolás ó de Antonio.

Suprimidle el nombre por un momento al más íntimo de vuestros amigos, y ya no le conocéis.

Se trasforma un hombre, se descompone su semblante, se desordenan sus miembros; pero todavía es Juan, aquel Juan que ha ido con nosotros á la escuela: es el mismo, el mismo Juan: á nadie se le ocurre dudarlo.

Pero suponed que no ha experimentado en su persona trasfomacion ninguna; que su semblante

no ha sufrido variacion, ni sus miembros han perdido la forma primitiva, ni siquiera se ha quedado calvo; pero ha perdido su nombre y ha tomado otro; es decir, ha dejado de ser Juan. Entonces ya no le conocéis.

Vosotros no conocíais más que á Juan y ese no es Juan.

Todo lo que más os podeis permitir es una exclamacion que acaba con la duda que pudiera tener.

¡Qué diablos! decís. ¡Cómo se parece á Juan!

El nombre es el único conocimiento sólido que tenemos de los hombres.

Si fuera posible que una mañana amanecieran los habitantes de un pueblo con nombres distintos de los que tenían el día anterior, la confusion seria espantosa.

Imaginaos á una mujer honrada, despertando al lado de un hombre que no es Pedro, aquel Pedro con quien se habia casado ante Dios y el mundo.

Imaginaos una novia próxima al matrimonio, cuyo novio ha desaparecido.

Imaginaos, en fin, un prestamista, cuyas victimas se han escapado, dejándole por toda garantia una lista de nombres sin personas. Esto es, una coleccion de bolsillos vacíos.

Lo que sucedería con los hombres, eso mismo sucede con las cosas.

Cambiad repentinamente los nombres de las calles de una poblacion y vereis cómo nadie sabe dónde vive.

Todos haríamos la misma pregunta que me dirigió una noche un pellejo de vino que se me apareció bajo la forma de un gallego.

Como él todos preguntáramos:—¿Sabe usted dónde está mi casa?

Esto mismo sucede con las ideas.

Cada día amanecen con nombres distintos.

Cada uno tiene su almanaque, su religion y su libertad para bautizarlas á su gusto.

Hay una porcion de cosas que, como á los niños á quienes se les ha bautizado con el nombre de César, de Anibal ó de Sócrates, llevan como lo más natural del mundo, los nombres de Derecho, de Razon, de Justicia y de Moralidad.

El nombre es el secreto de todas las cosas.

Pero si á una silla le basta llamarse silla y á una estafa negocio, y á la licencia libertad; el hombre, superior á las cosas y á las ideas, rey de la creacion y dueño del universo, necesita más que un nombre.

Juan solo puede ser Juan hasta los quince años.

Desde ese momento el nombre de Juan no le basta, es preciso que adquiera un título que añadir á su persona.

Entonces empieza á trabajar asiduamente para alcanzar más tarde ese título indispensable.

Unos encuentran el título de abogados; otros el título de funcionarios públicos; otros alcanzan el título de vagos.

Al que ha nacido marqués, ó conde ó duque, no por eso el mundo le perdona el título que tiene obligacion de adquirirse por sí mismo.

Entonces busca en los salones el título de gran partido, en casa del sastré el título de elegante.

Los que no tienen ni siquiera la aptitud necesaria para alcanzar el título de poeta, de escritor público ó de filósofo, buscan sin descanso los títulos de la deuda.

Todavía el hombre sobre el nombre y sobre el título necesita el epígrafe.

No le basta el título de médico, necesita el epígrafe de *médico de cámara*.

No le basta el título de carpintero, necesita el epígrafe de *carpintero de la casa real*.

No le basta el título de comerciante, necesita el epígrafe *Precio Fijo* ó *La Corona de Oro* ó *Al Siglo XIX*.

No le basta el título de poeta, escritor público ó filósofo; necesita el epígrafe de *diputado*, de *senador* ó de *ministro*.

No le basta el título de bolsista, necesita el epígrafe de *banquero*.

No le basta el título de vago, necesita el epígrafe de *usurero*, de *jugador* ó de *petardista*.

El que no alcanza su título y su epígrafe, no será nunca más que Juan ó Pedro ó Antonio; esto es, un hombre desconocido; tan desconocido, que si no llevara el nombre de Juan, de Antonio ó de Pedro, no existiría.

El nombre es indispensable para existir; es como si dijéramos, la respiración de las cosas.

El nombre es muchas veces un signo de fortuna ó de desgracia.

La casualidad ha presentado ejemplos que prueban la influencia feliz ó funesta del nombre.

Imagínense ustedes un médico que se llama Mata.

Pasen ustedes la consideración sobre un poeta que se llame Malo; sobre un actor que se llame Silva.

Consideren ustedes un sastre que se llame Caro.

Pero donde se vé un terrible sarcasmo es en un pobre que se llame Rico.

Todavía el nombre lleva más allá el culpable placer de sus crueldades.

Hé aquí un ejemplo:

Conozco á un honrado artesano que se llama Arañó. El último cólera lo dejó viudo, y queriendo dar un testimonio sencillo y tierno del amor que profesaba á la madre de sus hijos, hizo colocar una lápida modesta sobre la sepultura con esta inscripción breve y elocuente:

ARAÑÓ

Á SU MUJER.

En las listas de las votaciones del Congreso he visto que un señor diputado se llama Tarabilla.

Semejante apellido es una mordaza. Si es orador debe callar.

Hasta ahora ha tenido la discreción de no pedir la palabra.

La elocuencia más vigorosa, la situación más grave y la formalidad más seria quedan desconcertadas ante esta frase pronunciada por el presidente: «El Sr. Tarabilla tiene la palabra.»

Algunas veces se entretiene también el nombre en confundir los hombres y las cosas.

Véase otro ejemplo:

En un taller donde se fabrican marcos para

cuadros y espejos con toda clase de adornos, hay un letrero fastuoso por lo grande y por lo dorado, que dice:

MARCOS MOLDURAS.

Yo no sé si es el nombre del dueño del taller ó es el nombre de los objetos que allí se fabrican.

Me divierte esta duda y no quiero salir de ella.

De la misma manera hay nombres que llevan consigo la fortuna, como D. Juan Tenorio llevaba el escándalo.

Imagínense ustedes un soldado que tenga la ventura de llamarse Valiente.

Por más que huya, nadie tendrá derecho á negarle el nombre de valiente.

Existe en Madrid una taberna célebre, cuya prosperidad vá en aumento.

¿Saben ustedes de qué depende su fortuna? De que el dueño tiene un nombre que llena todas las medidas.

Encima de la puerta hay una tablilla en la cual campea esta combinacion de sílabas, que se derrama gritando:

COLMADO.

Escuso decir la felicidad del hombre que se llama Franco.

En París que tantas cosas se dan, se hacen y se dicen por un franco, todo debe ser suyo.

¡El nombre! Hé ahí como en lo que con tanta facilidad se da, se quita y se cambia consisten generalmente las relaciones que tenemos con los hombres, con las cosas y con las ideas.

Este mundo viene á ser una perfumería, donde es preciso que cada tarro tenga su rótulo, porque ese rótulo es el que compran los consumidores.

Comerciante ó poeta, albañil ó fondista, el hombre lo que necesita es nombre.

¡Cuántos génius pasarán por la vida desconocidos, porque no han tenido la prevision de buscarse un nombre!

¿Qué queda de Sócrates, de Alejandro, de Homero y de Licurgo?

El nombre.

Decía Arquímedes: dadme una palanca y un punto de apoyo y levantaré el mundo.

Yo pido menos para hacerme mucho más.

Dadme *nombre* y me comprometo á vivir hasta el fin del mundo.

CURIOSIDAD.

Hay días insustanciales, días de universal ignorancia en que todo el mundo pregunta: «¿qué hay?» y todo el mundo contesta «no sé.»

Entre los artículos de primera necesidad, los sucesos son tan importantes como el pan, como el pan de cada día.

El uno es el alimento del cuerpo, los otros el alimento del alma, del alma de estos tiempos.

Por eso es muy natural el interés que nos inspiran la mayor parte de las cosas que no nos importan.

En esta red de calles tendida en medio de España, dentro de la que han caído trescientos mil habitantes más ó menos felices, no ocurre nada de particular, nada digno de contarse.

Ó de otra manera.

En esta colección de casas, que bien puede to-

marse por una coleccion de nudos, dentro de los que se ahogan más ó menos lujosamente unas cincuenta mil familias, no hay nada de nuevo.

O más claro.

En Madrid donde todo pasó, hemos llegado á unos días en que no pasa nada.

La curiosidad pública, esa necesidad activa de los tiempos modernos, no encuentra nada que devorar, y anda hambrienta.

El corazon menos sensible no podrá mirar con indiferencia semejante infortunio.

Se trata de un estómago inmenso afligido por el hambre.

Hé aquí un pobre de solemnidad con que no contaban las calculadoras previsiones de la filantropía.

Un hombre parado delante de una esquina y mirando con atencion al piso tercero ó cuarto de la casa de enfrente, ejerce sobre cuantos lo ven una atraccion irresistible.

El primero que pasa se le acerca, toma su misma actitud, y observa con el mismo afan.

Pasa otro y son tres.

A los cinco minutos la calle está llena de gente.

El primer curioso, cansado ó satisfecho, se escurre entre la multitud y desaparece.

Los últimos que llegan preguntan: «¿qué es?» y todos contestan: «no se sabe.»

Esto redobra el interés. ¡Quién se vá sin averiguar el suceso!

A la gente de la calle se añade la gente de los balcones.

La curiosidad es impaciente y se adelanta ella misma á desenlazar aquel misterio.

Aquí los espectadores se hacen comunicativos y se dá principio á los comentarios.

Se empieza suponiendo y se acaba afirmando.

Cada cual se lleva la verdad del suceso segun lo que él mismo ha visto y oido.

Al día siguiente dice un periódico:

«Ayer intentaron robar una casa de la calle de... Los ladrones tuvieron tiempo de evadirse y los vecinos vieron á uno escaparse por el tejado.»

Esto se dice.

Otro periódico:

«Parece que la casa número tantos de tal calle amenaza ruina. Nos comunica esta noticia una persona de las que ayer tarde estuvieron observando el desnivel repentino que ha presentado la pared foral del edificio. Llamamos la atencion de quien corresponda para que se tomen las medidas convenientes á fin de evitar desgracias.»

Esto se oye.

Otro periódico:

«Parece que en cierta casa de cierta calle que no debemos nombrar, ha sido sorprendida una mujer casada en flagrante delito de infidelidad.»

Esto se cree.

Otro periódico:

«Se nos asegura que ayer fué descubierta una casa de juego en la calle de...»

Un periódico de oposicion:

«El espectáculo que ayer ofrecia la calle de tal, es una prueba del descrédito que va minando á la situacion. Qué leccion para el gobierno!»

Un periódico ministerial:

«En vano se intentó ayer alterar el órden por los enemigos del reposo público. La autoridad tenia de antemano el hilo de este complot y habia tomado tan acertadas disposiciones que el plan de los descontentos quedó frustrado.»

«El gobierno está alerta y será inflexible con los culpables.»

Un curioso es el origen de tanta inquietud y de tanta noticia.

Todo es una consecuencia natural del deseo de saber que nos devora.

Yo creo que los hombres viven en sociedad por saber cada uno lo que pasa en la casa del otro.

Los sábios no son más que unos curiosos que no pueden vivir si no averiguan los secretos de las ciencias.

Buffon descubriendo al mundo todos los pormenores de la vida íntima del caballo salvaje, no hace más que la vecina del cuarto segundo descubriendo á su tertulia todos los pormenores de la vida íntima de la familia que habita en el cuarto inmediato.

Más pronto circulan los descubrimientos de la vecina que las observaciones de Buffon.

A este deseo insaciable de saber debe seguir naturalmente la sabiduría universal.

Me detengo á reflexionar ante tan halagüeña perspectiva.

.....

He reflexionado profundamente y continúo.

El mundo va á ser una cátedra pública, los libros de texto serán *La crónica de la capital*, *Las gacetas de provincias*, *El boletín del extranjero*.

Las luces van á propagarse de manera que la noche va á quedar reducida á la triste condicion de un hecho histórico.

El sueño caerá naturalmente en desuso como una preocupacion, como una supersticion vergonzosa de los tiempos bárbaros. ¡Quién podrá ma-
drugar entonces!

¡Curiosidad! hé aquí el movimiento más activo de la especie humana en general y de la gente de Madrid en particular.

El pueblo más curioso de España es indudablemente Madrid; pero ¡ah! no es el pueblo más limpio.

La curiosidad tiene el oído fino y la mirada pronta.

Es fácil sorprenderla alguna vez detrás de una puerta ó debajo de unas persianas.

Dicen los escépticos:

El principio de la sabiduría es la duda.

Dice la fé:

El principio de la verdadera sabiduría es el temor de Dios.

Digo yo:

El principio de la sabiduría es la curiosidad.

Si bien se examina, no existe diferencia ninguna entre el más sábio de los hombres y el más frívolo de los mortales.

¿Qué hace el sábio? averiguar.

¿Qué hace el curioso? saber.

Más trabajo cuesta sorprenderle un secreto á una familia, que sorprenderse á la naturaleza.

Newton, cuyo nombre resuena por todos los ángulos de la ciencia, consumió su vida averiguando los ocultos resortes del movimiento universal.

Como un niño delante de un relój, pasó veinte años de su vida delante del universo, buscando el secreto de su marcha uniforme y majestuosa.

Ningun interés tenía el universo en ocultarlo.

Era tan fácil saberlo, que una vez descubierto, la ciencia pasmada no puede explicar cómo no se había sabido antes.

Newton, sin embargo, es un grande hombre.

Veamos ahora el reverso de la medalla.

Nos hallamos en presencia de un hombre cuya celebridad no pasa del estrecho recinto de un café, cuya fama no se extiende más allá del círculo murmurador de una tertulia, y cuyo crédito, en fin, se halla estancado en esos remansos que en medio de las corrientes de la vida forman unas cuantas familias desocupadas.

Este hombre que escudriña los rincones de las casas, como los sábios las páginas de los libros, ha penetrado en la misteriosa oscuridad de un gran secreto.

Debemos oírlo con verdadero asombro.

Aquella jóven rubia ó morena, alta ó baja que llama la atención por sus extravagancias ó por sus trajes ó por sus amantes ó por sus palcos, parece mentira, esa mujer no es hija de su padre.

Es preciso decirlo, Newton no hubiera descubierto jamás este profundo arcano.

Se necesita más genio, más audacia, más golpe de vista, más datos, más estudio y más penetración para averiguar que una criatura no es hija de su padre, que para descubrir la gravitación universal.

Y sin embargo, Newton es un sábio y el otro no es más que un curioso.

Esto es injusto.

El imperio chino arrojado ahí en medio del mundo no ha sido hasta ahora más que un secreto impenetrable á la curiosidad de Europa.

Era la casa del vecino, cuyas persianas siempre caídas, cuyas puertas siempre cerradas, nos tenían en una humillante ignorancia.

Tributemos aquí á los chinos el homenaje de nuestra imparcialidad.

No podían menos de ser verdaderos hombres de campanillas los que han sabido sustraerse por espacio de tantos siglos á la impertinente curiosidad del mundo.

La curiosidad tiene también sus mártires. ¡Cuántos curiosos no han lavado con su sangre las calles de Madrid en días de revuelta!

La curiosidad, como el hambre, es más viva cuando menos tiene con que satisfacerse.

Por eso un día sin acontecimientos puede considerarse por los economistas como un día sin pan.

Los habitantes de Madrid deben hacerse esta reflexión desconsoladora:

«¡Un día hermoso, una noche serena, calles anchas, plazas pequeñas y grandes, paseos espaciosos, muchos palacios, infinitos cafés, siete teatros, coches, templos, la Bolsa, el Senado, el Congreso, trescientas mil almas juntas, y no sucede nada!»

«¿Quién no se fastidia?»

Por eso todo el mundo pregunta: «¿qué hay?» y todo el mundo contesta: «no sé.»

El deseo de saber y la ignorancia luchan en los sitios públicos y en las casas particulares sin poder vencerse.

Parece imposible que en el centro de Castilla la Nueva no haya nada nuevo.

En el gobierno los mismos hombres, en el Congreso los mismos diputados, en el Senado los mismos senadores, en el paseo la misma gente, en los teatros las mismas funciones; siempre lo mismo.

Curiosidad: hé aquí todo un secreto.

Curiosidad es lo que impulsa al botánico á saber lo que pasa en la vida íntima de las plantas.

Curiosidad es la que levanta los ojos del astrónomo y le hace espiar escondido detrás de un telescopio los movimientos de los astros.

Curiosidad es la que lleva al naturalista á observar los instintos de los animales.

La curiosidad ha inventado la historia, los viajes, el microscopio, las persianas, la policía, el telégrafo, los lentes y las noticias.

En el amor hay lo menos dos terceras partes de curiosidad.

Detenerse á reflexionar delante de un pensamiento, es una cosa semejante á pararse en una esquina para oír la conversacion de los que hablan cerca de ella.

Las miradas no son más que preguntas.

Dos que hablan al oído no son más que los términos de un problema cuya incógnita tratamos de averiguar.

En vuestras desgracias y en vuestras felicidades, haced esta cuenta de las personas que vayan á visitaros:

Dos van porque os estiman, cinco porque no os aborrecen, diez porque os necesitan y veinte por curiosidad.

¿Quereis mortificar al género humano? Pues convencedle de que poseeis un secreto que no podeis decir.

La jóven más inocente comprende que su presencia repentina ha interrumpido una conversacion. Por si esa jóven tiene novio no quiero decir

á qué averiguaciones puede conducirla su curiosidad excitada.

Los niños suelen hacer preguntas á las que no ha podido nadie contestar todavía.

Una carta cerrada excita mucho más interés que una mujer hermosa.

¡Pobre amante, si la dulce niña á quien adora ha visto algo detrás de los visillos de la casa de enfrente!

La curiosidad es el principio de la sabiduría.

Las ciencias han nacido de la curiosidad. El deseo de saber ha hecho á los sábios; el deseo de saber ha hecho á los ociosos.

Eva es la primera muestra de la sabiduría humana.

La política no es otra cosa que pura curiosidad. Es preciso saber lo que hace el gobierno, y el gobierno necesita saber lo que hacen sus enemigos.

Una contribucion no es más que una incógnita despejada; una mirada oficial que se echa al bolsillo de cada prógimo, una especie de sonda, una simple curiosidad.

Un crimen es á los tribunales lo que la X á los matemáticos.

Si no existiera la curiosidad no se podría vivir; y sin embargo, yo creo que nos morimos únicamente por averiguar lo que pasa en el otro mundo.